

EL TESTAMENTO DE LOS MÁRTIRES¹

Santiago CANTERA MONTENEGRO, O.S.B.

La presente conferencia se va a fundamentar en la lectura y el comentario de algunas cartas y textos de mártires, generalmente inmediatos a su muerte, que revelan su estado de ánimo ante un trance doloroso, incluso cruel las más de las veces. La palabra «mártir», como es sabido y como se ha dicho ya en otras conferencias anteriores, significa «testigo»: el mártir, ciertamente, es testigo de Cristo y proclama su fe en Él mediante el derramamiento de su sangre, que es sin duda el testimonio supremo. Pero estas cartas son además un testimonio escrito de las razones y del ánimo con que los mártires afrontan esa situación y suponen con frecuencia una especie de testamento espiritual.

En ellas se observan algunos rasgos sobresalientes que conviene destacar:

El primero es la convicción ante el martirio, que es fruto de la firmeza en la fe. Sería como un exclamar: «¡Jamás renegar!» Es, por tanto, la confesión de Cristo.

En segundo lugar, el anhelo de eternidad. En muchas, por ejemplo en las de nuestra Guerra de 1936-39, incluso encontramos la despedida: «¡Hasta el Cielo!» o «En el Cielo nos veremos»². Bastantes mártires dicen a sus familiares, literal o casi literalmente: «Dios me espera». Se observa la pérdida del temor natural a la muerte y la convicción de la salvación eterna mediante el martirio.

Otro rasgo muy notable es la gran serenidad, la paz interior del que va a ser mártir.

También sobresale la gran sencillez en la exposición literaria: no hay florituras literarias ni adornos innecesarios. Sale a la luz lo más profundo e íntimo de la persona con una gran claridad expositiva, con sencillez, con simplicidad (en grado de virtud), no simpleza (defecto).

Encontramos además una despedida afectiva de los familiares, pero serena: les infunden paz, esperanza y alegría. Muchas veces, con estas palabras o con otras, les dicen: «No estéis tristes, voy a ser mártir: estad alegres». Y junto a ello, les hacen recomendaciones para ser buenos cristianos.

Al lado de todo esto, un rasgo impresionante es el desprendimiento de todo lo terreno. Incluso en el terreno de la afectividad, ésta se vuelve absolutamente sobrenatural: ya no hay apegos ni sentimentalismos, sino amor puro y auténtico de estilo celestial.

Asimismo, es obligado resaltar el perdón hacia el enemigo: incluso se reza por él y se pide su salvación. Es un amor y un perdón que nace del enseñado y vivido por el mismo Cristo.

Otro aspecto que se encuentra con frecuencia es la ofrenda de la propia vida por un gran fin: la salvación de los propios, la salvación de los enemigos, el bien de la Iglesia, el triunfo de la fe católica, el bien de la Patria, el crecimiento de la congregación religiosa a la que se pertenece...

Y, en fin, algo siempre esencial es la identificación completa con Cristo en su Pasión y Muerte: esto es algo clave, sin lo cual no se encuentra el sentido del martirio, y es algo que da una inmensa fuerza interior al mártir para afrontar el trance que va a vivir.

¹ Texto de la Conferencia organizada por el Foro San Benito de Europa (Hospedería de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, domingo 25-V-2014).

Vamos a hacer un recorrido selectivo a lo largo de los siglos de Historia de la Iglesia como muestra de estas realidades.

SAN JUSTINO

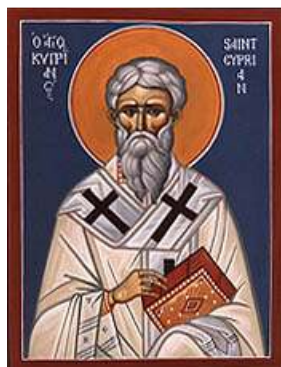


San Justino, martirizado en el año 165, está considerado como el primer filósofo de la Iglesia Católica. Era natural de Samaría y fue educado en la filosofía griega, que él trató de armonizar con su fe cristiana. Aquí vamos a recoger un texto de las *Apologías* en el que se observa cómo la asunción del martirio es algo libre, realizado por amor a la Verdad suprema, que es Dios²:

«Decimos estas cosas por vosotros, no por nosotros; podéis comprenderlo así, porque en nuestra mano está el negar cuando somos [acusados] e interrogados [sobre nuestra Religión]. Pero no queremos vivir encadenados a la mentira. Deseando, en efecto, una vida eterna y pura, nos encaminamos hacia la vida de Dios, Padre de todos y Artífice [supremo], y nos apresuramos a confesar porque estamos convencidos y creemos que estos bienes pueden ser logrados por aquellos que con sus hechos probaron a Dios que le habían seguido y que habían amado la morada de Dios, en que no hay ninguna cosa mala que nos rechace. Porque, para decirlo brevemente, éstas son las cosas que esperamos, las mismas que de Cristo aprendimos y enseñamos [a otros]».

² Tomado de SAN JUSTINO, *Apologías*, ed. de Hilario Yaben, Madrid, Aspas, s.f., pp. 80-81.

SAN CIPRIANO DE CARTAGO



San Cipriano, obispo de Cartago, vivió entre los años 200/210 y 258, en el cual sufrió el martirio. En su época se vivió un episodio de especial dificultad para la vida de la Iglesia en el África romana con relación al fenómeno del martirio: la cuestión de los *lapsi*, es decir, de aquellos cristianos que, a la hora de la verdad, habían apostatado de su fe al verse ante la amenaza de morir. Habían salvado su vida terrena, ciertamente, pero, ¿qué se debía hacer ahora con ellos, pues muchos volvían a llamar a la puerta de la Iglesia? Después de no pocos y encendidos debates, la Iglesia optaría por la misericordia, por acogerlos de nuevo en su seno, y muchos de ellos incluso morirían mártires en una segunda ocasión. No obstante, es cierto que, al volver al seno de la Iglesia, era inevitable que bastantes les mirasen con mala cara y que ellos no pudieran dejar de sentir una profunda vergüenza interior.

San Cipriano es autor de varias cartas exhortando al martirio, que él mismo acabaría abrazando y cuyas actas se conservan. Conoció concretamente las persecuciones de Decio (250) y Valeriano (257), en la que derramaría su sangre. Algunas de estas cartas son la 10 (*A los mártires, confesores de Jesucristo*) y la 76 o *Exhortación al martirio*. Pero aquí vamos a recoger un texto de la *Carta 6, a Sergio Rogaciano y a los otros confesores de la fe*, donde anima con las promesas de la gloria eterna³:

«Que en vuestros corazones y en vuestras almas ya no haya más que los preceptos divinos y las órdenes celestes que el Espíritu Santo nos ha insuflado siempre para soportar el sufrimiento. Que nadie tenga en su cabeza la muerte, sino la inmortalidad, ni el dolor pasajero, sino la gloria eterna, puesto que está escrito: “Preciosa es a los ojos de Dios la muerte de sus justos” (Sal 116,15). Y aún: “El sacrificio a Dios es un corazón contrito; un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias” (Sal 50,19). Del mismo modo, cuando la Sagrada Escritura habla de las torturas que consagran a los mártires de Dios y los santifican mediante la prueba misma del sufrimiento: “Aunque, a juicio de los hombres, hayan sufrido torturas, su esperanza estaba llena de inmortalidad; por una corta corrección recibirán largos beneficios, pues Dios los sometió a prueba y los halló dignos de sí; como oro en el crisol los probó y como holocausto los aceptó. El día de su visita llegará su recompensa. Juzgarán a las naciones y dominarán a los pueblos y sobre ellos el Señor reinará eternamente” (Sb 3,4-8). Estáis llamados a juzgar y a reinar a los lados de Cristo nuestro

³ SAN CIPRIANO DE CARTAGO, *Carta 6, a Sergio Rogaciano y a los otros confesores de la fe*, II-1, en HAMMAN, A.-G., *El martirio en la Antigüedad cristiana*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1998, pp. 136-137.

Señor: el pensamiento de este futuro dichoso debe transportaros, pues, y haceros despreciar los suplicios presentes».

Cabe añadir que también Tertuliano (150/160-220) y Orígenes († 253/254) cuentan entre sus obras con exhortaciones muy notables al martirio, pero aquí nos vemos obligados a prescindir de ellos y ofrecer una selección de textos.

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA († c. 110)



Presentando ahora a San Ignacio de Antioquía he realizado un cambio cronológico, ya que es anterior a los dos mártires cuyos textos hemos recogido anteriormente. Pero he deseado presentarlo al final de los mártires de época romana porque, como se podrá comprobar, su *Carta a los Romanos* es sin duda el testamento martirial más impactante de toda la Antigüedad cristiana.

San Ignacio es autor de varias cartas a diversas comunidades, en las cuales se nos revela su espíritu de pastor preocupado por la grey de Cristo, a la que exhorta a estar unida en torno a su obispo; cartas en las que refleja la vida de la Iglesia de los primeros tiempos y que resultan del mayor interés. Aquí vamos a ofrecer algunas partes de la *Carta a los Romanos*, que dirigió a los cristianos de Roma cuando era conducido a la capital del Imperio para sufrir el martirio. Es a veces desgarradora en la manera en que les suplica que no se apiaden humanamente de él, que no intervengan para impedir su martirio, ya que es para él lo más grande que puede haberle sucedido en la vida. Para San Ignacio, morir mártir es la mayor gloria, es la forma de llegar a ser cristiano de veras, es el paso más rápido e incuestionable a la dicha eterna en el Cielo. Hay en esta carta un inmenso anhelo de eternidad, de llegar ya a Dios, de identificarse completamente con Cristo para reinar con Él de forma definitiva. En consecuencia, no le importa la crueldad del martirio que va a sufrir: no tiene miedo a las fieras ni al fuego. Desea morir a esta vida para vivir eternamente. Es quizá, ciertamente, un caso que nos puede parecer extremo, pero refleja la profunda fe de los antiguos cristianos. Es además en esta carta donde se dirige a la Iglesia de Roma con grandes elogios y dice de

ella que es la que está «puesta al frente de la caridad, fiel a la ley de Cristo y adornada con el nombre de Dios», lo cual es un reconocimiento de su Primado. Veámoslo⁴:

«[...]

Las oraciones, hechas cada vez con mayor insistencia, me han obtenido de Dios la gracia de ver vuestros piadosos semblantes. He alcanzado más de lo que pedía. En efecto, encadenado por mi fe en Jesucristo, espero llegar a saludaros, si Dios quiere, y hacerme digno de llegar hasta el fin⁵. [...] Temo que vuestro amor me perjudique. Porque a vosotros os es fácil hacer lo que queréis; a mí, sin embargo, me será difícil alcanzar a Dios si vosotros no me tenéis consideración⁶.

No quiero en verdad que tratéis de “complacer a los hombres, sino a Dios” (cf. 1 Tes 2,4, Gál 1,10), y así lo hacéis. En realidad, no tendré jamás otra ocasión igual para llegar a Dios, ni vosotros de contribuir a obra mejor con sólo no intervenir a mi favor. Porque si vosotros no habláis, yo seré palabra de Dios; pero si os dejáis llevar del amor por mi vida terrena volveré a ser mero sonido. No intentéis prepararme cosa mejor que derramar mi sangre (Flp 2,17) por Dios, mientras el altar esté todavía dispuesto de modo que vosotros, formando un coro por la caridad, cantéis al Padre por Jesucristo, porque Dios concedió al obispo de Siria⁷ venir desde donde nace el sol hasta el poniente. ¡Qué precioso es transponerse en Dios como se ausenta del mundo el sol! Que yo amanezca en su presencia⁸.

[...] No pidáis para mí más que fortaleza interior y exterior; que tenga yo decisión, no meras palabras; que no sólo me llame cristiano sino que lo sea de verdad. Porque si actúo como cristiano también puedo llamarme así y podré llamarme fiel entonces, cuando ya no me vean en el mundo [...].

Estoy escribiendo a todas las Iglesias y a todas digo con franqueza que libremente voy a morir por Dios, con tal que vosotros no me lo impidáis⁹. Os suplico que no me mostréis benevolencia intempestiva. Permitid que yo sea pasto de las fieras, por medio de las cuales pueda llegar a Dios. Soy trigo de Dios y seré molido por los dientes de las fieras para convertirme en limpio pan de Cristo. Más bien halagad a las fieras para que sean mi tumba sin dejar rastro de mi cuerpo y que después de mi muerte no sea gravoso a nadie. Seré verdadero discípulo de Jesucristo cuando el mundo ya no vea mi cuerpo. Rogad a Cristo por mí; que por tales instrumentos sea yo sacrificio para Dios. [...] Mediante mis sufrimientos seré liberto de Jesucristo y libre resucitaré con Él. Ahora, en mis cadenas, aprendo a no desear nada¹⁰.

Desde Siria hasta Roma ya estoy luchando con las fieras por tierra y por mar, de noche y de día, encadenando a diez leopardos, es decir, a un pelotón de

⁴ Tomado de MARTÍN, Teodoro H. (ed.), *Textos cristianos primitivos*, Salamanca, Sígueme, 1991, pp. 100-104.

⁵ Es decir, al martirio.

⁶ Comienza a rogarles que no impidan su martirio intercediendo por él ante las autoridades, pues desea llegar ya a Dios mediante una muerte martirial.

⁷ El propio San Ignacio; se refiere a sí mismo.

⁸ Hace un paralelismo entre el curso del sol, que él mismo recorre geográficamente viniendo desde Siria hasta Roma para sufrir el martirio, con el curso de su vida, que se ha de ocultar para amanecer ya en la presencia de Dios tras el martirio.

⁹ Vienen aquí las frases más expresivas e impresionantes de la carta y algunas de las que se han hecho más famosas. Es donde más se descubre la libertad absoluta con que asume el martirio, el deseo incluso de sufrirlo y la fe total en que será el medio más directo y rápido de llegar a unirse a Dios en el Cielo.

¹⁰ Refleja una realidad que aprendieron muchos mártires: la prisión se convirtió para muchos en una escuela espiritual preparatoria para el martirio.

soldados que cuanto mejor se los trata peores se vuelven. Pero con sus malos tratos me voy haciendo discípulo, aunque no por esto estoy justificado¹¹. Ojalá disfrute yo de las fieras que me tengan preparadas; rezo para que estén listas contra mí. Yo mismo voy a acariciarlas para que rápidamente me devoren y no como algunos a quienes, intimidados, no tocaron. Si ellas no quisieran atacarme a mí, que lo quiero, yo mismo las provocaría. Perdonadme, yo sé lo que me conviene. Por fin empiezo a ser discípulo. Que ninguna cosa, “visible o invisible” (cf. Col 1,16), me alucine y estorbe el camino para llegar felizmente a Jesucristo. Fuego, cruz, manadas de fieras, miembros mutilados, trituración de todo el cuerpo, crueles tormentos del diablo vengan sobre mí con tal que yo llegue a Jesucristo (cf. Rom 8,35).

De nada me servirían los deleites del mundo ni los reinos de este siglo (cf. Mt 16,26). “Mejor para mí morir en Jesucristo” (cf. 1Cor 9,15; Flp 1,21) que ser rey de toda la tierra. Busco a aquel que murió por nosotros, anhelo al que por nosotros resucitó. Me llegan ya los dolores del nacimiento (cf. Mt 10,39; Flp 1,17-24). Perdonad, hermanos, no me impidáis vivir. No me regaléis al mundo porque quiero ser de Dios. No me seduzcáis con lo terreno. Dejadme recibir la luz pura. Cuando haya llegado allí seré hombre. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios. [...]

Creedme, Jesucristo os hará entender con cuánta sinceridad os escribo esto, Él, en cuyos labios no hay mentira y por cuya boca el Padre ha hablado verdaderamente. [...]

En vuestras oraciones acordaos de la Iglesia de Siria que, en mi lugar, tiene a Dios como pastor. Sólo Jesucristo y vuestro amor serán su pastor¹². [...]»

SANTO TOMÁS MORO (1478-1535)



Damos un salto en el tiempo, pasando por encima la Edad Media, en la cual podríamos resaltar quizá algunos testimonios preciosos como ciertas cartas de San Bonifacio, apóstol benedictino de Alemania, o los mártires mozárabes de Córdoba, entre otros, pero debemos ofrecer una selección y no podemos fijarnos en todos los casos.

¹¹ Cf. 1Cor 4,4. Como se ve, para San Ignacio uno se hace verdadero discípulo de Jesucristo al padecer por Él. Aquí vienen ahora otras de las frases más impactantes también de la carta.

¹² Refleja un deseo de no dejar huérfana a su Iglesia de Siria, que pierde a su obispo; por eso la encomienda para que Dios la asista y los cristianos de Roma oren por ella.

Santo Tomás Moro, escritor humanista, Canciller de Inglaterra, hombre de confianza del rey Enrique VIII, es un claro ejemplo de político cristiano que, fiel a lo que su recta conciencia le dictó, no aceptó el divorcio del monarca con Catalina de Aragón para casarse con su amante Ana Bolena. No lo pudo aceptar porque su matrimonio era realmente válido y porque así lo reconocía la Iglesia. No lo pudo aceptar, además, porque el rey se situaba en abierta desobediencia al Papa y se arrogaba atribuciones que no tenía. Y no lo pudo aceptar porque estas atribuciones hacían de él un tirano que se erigía con poderes absolutos sobre el reino, siendo un buen botón de muestra del Estado todopoderoso hacia el que se comenzaba a caminar en la Edad Moderna. Por eso, Santo Tomás Moro cayó en desgracia y fue recluido en la Torre de Londres. Después de un juicio cuyos diálogos son de una riqueza doctrinal magnífica, como refleja la película *Un hombre para la eternidad*, fue decapitado en 1535.

Desde la Torre de Londres cruzó varias cartas con su hija Margarita en las que refleja su buen estado de ánimo y la convicción de sus posiciones, y que han sido publicadas por la editorial Rialp en español¹³. En su reclusión, además, redactó un tratadito de meditaciones sobre la Agonía de Cristo en el Huerto de los Olivos, que no pudo completar al serle finalmente arrebatado cualquier objeto con el que pudiera escribir¹⁴. También de la Torre, de los mismos años 1534-1535, procede otro texto muy estimado del santo político mártir e igualmente recogido por su hija: el *Diálogo de la fortaleza contra la tribulación*¹⁵. Y antes, en 1522, es digno de destacar que había redactado un tratado sobre los Novísimos en el que ofrecía meditaciones sobre la muerte, lo cual revela que estaba notablemente preparado para ese trance¹⁶.

Vamos a recoger aquí algunos de estos textos. En primer lugar, dos de sendas cartas a su hija, reprochando la actitud vacilante que encuentra en su propia familia y señalando que no se pueden aceptar las posiciones del rey: su hija Margarita prestó el juramento, aunque es posible que fuera una fórmula distinta de la exigida a su padre; no obstante, éste le recrimina haberlo hecho y le expresa su dolor. Por lo tanto, Moro asume la prisión y el posible martirio plenamente consciente, antes que sucumbir, por defender la verdad¹⁷:

«Queridísima hija: si durante largo tiempo no me hubiese mantenido firme y constante (pues tengo confianza en la misericordia divina), tu lamentable carta me habría avergonzado más que otras cosas terribles que en distintas ocasiones oigo contra mí. Ninguna de ellas me ha causado tanta pena y me ha llegado tan adentro como el ver que tú, mi amada hija, tratas de persuadirme de manera tan vehemente y lastimosa en un asunto en el que por respeto a mi propia alma he dado ya tajante respuesta. [...] Es para mí congoja natural, más mortal que el oír mi propia sentencia de muerte, el veros a vosotros, a mi buen hijo tu marido, a ti mi hija buena, a mi buena esposa y a mis otros hijos y amigos inocentes en tanta desgracia y peligro. Porque, en cuanto a mí, el miedo a la muerte, a Dios gracias, me lo va mitigando día a día el temor del infierno, la esperanza en el Cielo y la Pasión de Cristo».

¹³ SANTO TOMÁS MORO, *Un hombre solo. Cartas desde la Torre (1534-1535)*, ed. de Álvaro Silva.

¹⁴ También está publicado en español: SANTO TOMÁS MORO, *La Agonía de Cristo*, ed. de Álvaro Silva, Madrid, Rialp, 1991 (4ª ed).

¹⁵ SANTO TOMÁS MORO, *Diálogo de la fortaleza contra la tribulación*, ed. de Álvaro Silva, Madrid, Rialp.

¹⁶ SANTO TOMÁS MORO, *Los Novísimos / Piensa la muerte*, ed. de Álvaro Silva, Madrid, Cristiandad, 2006. El título de *Los Novísimos (The Last Things)* es con el que se publicó por primera vez en 1557.

¹⁷ Vamos a tomar las cartas de la biografía de Andrés VÁZQUEZ DE PARGA, *Sir Tomás Moro, Canciller de Inglaterra*, Madrid, Rialp, 1999 (6ª ed.), pp. 318-320.

En otra carta le expresa su serenidad e incluso su alegría interior en la cárcel, confiado por completo en la Bondad divina que le sostiene y le llena por dentro:

«Creo que los que me han colocado aquí piensan haberme hecho gran daño. Aunque te aseguro por mi fe, hija queridísima, que si no hubiera sido por mi mujer y por vosotros mis hijos, a quienes considero parte principal de mi carga, de mucho atrás me habría encerrado en cuarto tan estrecho como éste, y más estrecho aún. Pero habiendo venido aquí sin culpa, confío en que la bondad divina me libraré de cuidados, compensando misericordiosamente el que me echéis de menos. Gracias a Dios, Meg¹⁸, no existen motivos para pensar que me hallo en peor situación aquí que en mi propia casa; porque creo que Dios ha hecho de mí un niño mimado, y me pone en su regazo, y me mece».

El tratado sobre *La Agonía de Cristo* es sin duda otro texto que revela muy bien el estado interior del alma de Santo Tomás Moro en los días previos a su martirio y cómo precisamente se fue preparando para él mediante la meditación de lo que el Salvador experimentó en situación similar. Vamos a fijarnos en algunos párrafos especialmente significativos al respecto. En uno de ellos, por ejemplo, señala que no hay que buscar la muerte porque sí: el martirio no es un suicidio; si se puede evitar la muerte, es lícito; pero si es inevitable, se debe asumir con paz y alegría interior, con la convicción de alcanzar la vida eterna¹⁹:

«Aunque Cristo nuestro Salvador nos manda tolerar la muerte, si no puede ser evitada, antes que separarnos de Él por miedo a la muerte (y esto ocurre cuando negamos públicamente nuestra fe), sin embargo, está tan lejos de mandarnos hacer violencia a nuestra naturaleza (como sería el caso si no hubiéramos de temer en absoluto la muerte), que incluso nos deja libertad de escapar si es posible del suplicio, siempre que esto no repercuta en daño de su causa. “Si os persiguen en una ciudad –dice–, huid a otra” (cf. Mt 10,23). Esta indulgencia y cauto consejo de prudente maestro fue seguido por los Apóstoles y por casi todos los grandes mártires de los siglos posteriores. [...] Hay también valerosos campeones que tomaron la iniciativa profesando públicamente su fe cristiana aunque nadie se lo exigiera; e incluso llegaron a exponerse y ofrecerse a morir aunque tampoco nadie les forzara²⁰. Así lo quiere Dios que aumenta su gloria [...].

Por consiguiente, si alguien es llevado hasta aquel punto en que debe tomar una decisión entre sufrir tormento o renegar de Dios, no se ha de dudar que está en medio de esa angustia porque Dios lo quiere. Tiene de este modo el motivo más grande para esperar de Dios lo mejor: o bien Dios le libraré de este combate, o bien le ayudará en la lucha y le hará vencer para coronarlo como triunfador. Porque “fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma prueba os hará sacar provecho para que podáis sosteneros” (cf. 1Cor 10,13).

Si enfrentado en lucha cuerpo a cuerpo con el diablo, príncipe de este mundo, y con sus secuaces, no hay modo posible de escapar sin ofender a Dios, tal hombre –en mi opinión– debe desechar todo miedo. [...]

El miedo a la muerte o a los tormentos nada tiene de culpa, sino más bien de pena: es una aflicción de las que Cristo vino a padecer y no a escapar. Ni se ha de llamar cobardía al miedo y horror ante los suplicios. Sin embargo, huir por

¹⁸ Es el diminutivo con que denomina a su hija Margarita.

¹⁹ SANTO TOMÁS MORO, *La Agonía de Cristo*, ed. cit., pp. 16-19 y 22.

²⁰ El caso más significativo sería quizá, entre algunos otros, el de los mártires mozárabes de Córdoba.

miedo a la tortura o a la misma muerte en una situación en la que es necesario luchar, o también, abandonar toda esperanza de victoria y entregarse al enemigo, esto, sin duda, es un crimen grave en la disciplina militar».

Recogeremos finalmente otros dos pasajes en los que refleja cómo se confortaba de cara al martirio meditando la Agonía y la Pasión de Cristo, al igual que tantos otros mártires en la Historia de la Iglesia:

«La meditación sobre la agonía [de Cristo] produce un gran alivio en quienes tienen el corazón lleno de tribulaciones, [...] porque para consolar al afligido [...] quiso dar a conocer nuestro Salvador, en su bondad, su propio dolor»²¹.

«Quien se vea totalmente abrumado por la ansiedad y el miedo que podría llegar a desesperar, contemple y medite constantemente esta agonía de Cristo rumiándola en su cabeza. Aguas de poderoso consuelo beberá de esta fuente. Verá, en efecto, al pastor amoroso tomando sobre sus hombros la oveja debilucha, interpretando su mismo papel y manifestando sus propios sentimientos. Cristo pasó todo esto para que cualquiera que más tarde se sintiera así de anonadado pudiera tomar ánimo y no pensar que es motivo para desesperar»²².

LOS MÁRTIRES DE JAPÓN (NAGASAKI, 1597)



En 1597 fueron martirizados en Nagasaki (Japón) veintiséis cristianos: seis eran franciscanos españoles, de los cuales el más conocido es San Pedro Bautista; tres eran jesuitas japoneses, de los que el más renombrado es San Pablo Miki; y todos los demás eran seculares también japoneses²³. Los misioneros franciscanos sobresalieron por su pobreza y por la dedicación hospitalaria a los enfermos de lepra, rasgos con los que ganaron pronto adeptos y, cuanto menos, admiradores y el respeto de la población nipona, aunque también suscitaron las reticencias y envidias de algunas autoridades políticas y religiosas. Entre los mártires, resulta muy llamativo el caso de algunos niños y adolescentes por la firmeza en la fe que mostraron.

²¹ SANTO TOMÁS MORO, *La Agonía de Cristo*, ed. cit., p. 52.

²² SANTO TOMÁS MORO, *La Agonía de Cristo*, ed. cit., p. 71.

²³ A todos estos mártires dedicó una conferencia D^a Pilar Gutiérrez Carreras, también dentro del ciclo sobre los mártires organizado por el Foro San Benito de Europa en la Hospedería de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, el 16 de febrero de 2014.

Murieron crucificados el 5 de febrero. Previamente, en el lugar del suplicio, «se prepararon a morir orando y entonando salmos y cantos. Las cruces tenían dos travesaños, uno para extender los brazos y otro para apoyar los pies, así como cinco argollas para sujetar el cuello, las manos y los pies. Una vez elevados, los sayones les clavaron unas lanzas que, entrando por un costado inferior, sobresalían por el lado opuesto a la altura del hombro, desgarrando los órganos internos y atravesando el corazón. Así murieron a la vista de los cristianos [japoneses] y portugueses que acudieron en gran número a contemplarlos y a venerarlos como mártires en cuanto fallecieron. Desde ese mismo momento se dedicaron a coger todo lo que pudieron para obtener reliquias: trozos de sus vestidos, tejidos empapados de su sangre... y hasta partes de sus cuerpos, pues la orden incluía la permanencia de los cadáveres en las cruces para que fuesen pasto de las aves carroñeras. Y según testimonio común y concorde de todos los testigos de vista, los cuerpos permanecieron mucho tiempo sin descomponerse, sin oler mal y sin ser atacados por los cuervos» (de la conferencia de D^a Pilar Gutiérrez Carreras).

San Pablo Miki, hermano jesuita de 33 años, era hijo de un general y fue bautizado junto con sus padres cuando tenía cinco años. En 1586, con 22 años, entró en la Compañía de Jesús. El 19 de enero de 1597, unos días antes del martirio, escribió desde Katakaba una carta al P. Viceprovincial de la Compañía en la que decía²⁴:

«Todos los veinticuatro tenemos un mismo deseo, que es, antes que nos pongan en la cruz, oír Misa y recibir el Santísimo Sacramento a lo menos una vez [...]».

Una carta preciosa es la de Santo Tomás Kosaki, un muchacho de 15 años martirizado junto con su padre San Miguel Kosaki, balletero. Eran muy pobres y Santo Tomás servía a los frailes franciscanos de Kyoto como carpintero. Gozaba de una gran inteligencia, por la que aprendió a leer y escribir, y era además muy caritativo visitando a los leprosos y atendiendo a los pobres. Escribió la mencionada carta para su madre en el camino al lugar del martirio, el día 23 de enero, pero no la pudo llegar a enviar y se encontró en la manga del vestido de su padre después de muerto en la cruz²⁵:

«Ayudado de la gracia del Señor escribo estos renglones. Los Padres [franciscanos] con los demás que aquí vamos para ser crucificados en Nagasaki somos por todos veinticuatro [...]. Podéis estar descansada acerca de mí y de mi padre Miguel. Allá en el paraíso espero muy presto veros. Aunque carezcáis de Padres, si con mucha devoción en la hora de la muerte tuviéredes grande contrición de vuestros pecados, y si reconociereis y os acordareis de los muchos beneficios de Jesucristo, os salvaréis. Y pensad que en este mundo, todos han de acabar luego; por tanto, trabajad por no perder la bienaventuranza eterna del paraíso. Aunque los hombres os impongan cualquier cosa, procurad tener paciencia y mucha caridad con todos. Es muy necesario que procuréis que mis hermanos Mancio y Felipe no vengan a manos de los gentiles. Yo os encomiendo a Nuestro Señor, y vos dad mis encomiendas a todos los conocidos. Tórnoos a recordar que tengáis grande contrición de vuestros pecados, porque esto sólo es lo que importa. Adán, aunque pecó contra Dios, por la contrición y penitencia que hizo, se salvó».

También es impresionante el caso de los niños San Antonio y Luisillo, San Luis Ibaragi, que infundía alegría a todos los compañeros. Luisillo contaba sólo 12 años y era

²⁴ ESCOBAR, Fray Juan, O.F.M., *Los veintiséis mártires de Japón*, Tokyo, Pía Sociedad de San Pablo – Delegación General O.F.M. de Japón, 1961, p. 29.

²⁵ ESCOBAR, Fr. J., O.F.M., *Los veintiséis mártires de Japón*, p. 31.

sobrino de otros dos de los mártires. Servía con gran gusto a los leprosos y estaba dotado de un gran humor. Cuando llegó a la colina donde iban a ser martirizados, preguntó:

–«¿Cuál de éstas es mi cruz?»

Al saber cuál era, corrió hacia allí y se abrazó a ella, causando la admiración de cristianos y paganos presentes. Una vez atado, preguntó a San Pedro Bautista si podían empezar ya a cantar, como les había dicho, y con el otro niño San Antonio entonaron el salmo 112:

–«Alabad, niños, al Señor, alabad su santo Nombre».

Al ser alanceado por el verdugo, sus últimas palabras fueron «Jesús» y «María»²⁶.

SAN ANDRÉS KIM TAEGON (1821-1846), MÁRTIR DE COREA



San Andrés Kim Taegon, perteneciente a una familia noble de Corea, fue el primer sacerdote nativo de esa nación asiática. Se formó en Macao y recibió la ordenación sacerdotal en Sanghai. Fue canonizado por el Papa San Juan Pablo II en 1984 junto con otros 103 mártires de Corea (de 1839 a 1846). Su padre también fue mártir. Hay que añadir aquí que el primer evangelizador de Corea fue un misionero jesuita español, Gregorio de Céspedes, como también lo fue de Japón otro gran jesuita español: San Francisco Javier.

Podemos reseñar algunos párrafos de la exhortación que escribió previamente a su martirio²⁷. Son muy hermosas las palabras de ánimo que infunde y el afecto que expresa: el dolor humano inevitable debe superarse con la esperanza cristiana, pues Dios es más fuerte que el demonio y que la tribulación. También es precioso observar su patriotismo, su amor por «nuestra Corea», en la que ve florecer a la Santa Iglesia, que ya derrama una sangre fecunda. Recogemos la parte final del documento:

«Hermanos muy amados, tened esto presente: Jesús, nuestro Señor, al bajar a este mundo, soportó innumerables padecimientos, con su Pasión fundó la santa Iglesia y la hace crecer con los sufrimientos de los fieles. Por más que los poderes del mundo la opriman y la ataquen, nunca podrán derrotarla. Después

²⁶ ESCOBAR, Fr. J., O.F.M., *Los veintiséis mártires de Japón*, p. 65.

²⁷ *Pro Corea. Documenta*, París – Seúl, ed. Mission Catholique Seoul, 1938, vol. I, pp. 74-75.

de la Ascensión de Jesús, desde el tiempo de los Apóstoles hasta hoy, la Iglesia santa va creciendo por todas partes en medio de tribulaciones.

También ahora, durante cincuenta o sesenta años, desde que la santa Iglesia penetró en nuestra Corea, los fieles han sufrido persecución, y aún hoy mismo la persecución se recrudece, de tal manera que muchos compañeros en la fe, entre los cuales yo mismo, están encarcelados, como también vosotros os halláis en plena tribulación. Si todos formamos un solo cuerpo, ¿cómo no sentiremos una profunda tristeza? ¿Cómo dejaremos de experimentar el dolor, tan humano, de la separación?

No obstante, como dice la Escritura, Dios se preocupa del más pequeño cabello de nuestra cabeza y, con su omnisciencia, lo cuida; ¿cómo, por tanto, esta gran persecución podría ser considerada de otro modo que como una decisión del Señor o como un premio o castigo suyo?

Buscad, pues, la voluntad de Dios y luchad de todo corazón por Jesús, el Jefe celestial, y venced al demonio de este mundo, que ya ha sido vencido por Cristo. Os lo suplico: no olvidéis el amor fraterno, sino ayudaos mutuamente y perseverad, hasta que el Señor se compadezca de nosotros y haga cesar la tribulación.

Aquí estamos veinte y, gracias a Dios, estamos todos bien. Si alguno es ejecutado, os ruego que no os olvidéis de su familia. Me quedan muchas cosas por deciros, pero, ¿cómo expresarlas por escrito? Ahora que ya está cerca el combate decisivo, os pido que os mantengáis en la fidelidad para que finalmente nos congratulemos juntos en el Cielo. Recibid el beso de mi amor».

SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ (1891-1942) – EDITH STEIN



Aunque algo posterior en el tiempo a los mártires de México y de España, vamos a ver antes a esta santa carmelita para cerrar la conferencia con los de nuestra Patria y reseñar antes algunos casos hermanos de México, dadas las similitudes.

Edith Stein, judía alemana, fue una destacada alumna de Edmund Husserl, el padre de la corriente filosófica conocida como «Fenomenología», y también fue alumna de otros grandes filósofos de la época, como Max Scheler. Aunque su familia se mantuvo en general en la religión hebrea, ella la abandonó y se situó más bien en posturas agnósticas, si bien ansiaba encontrar la verdad y finalmente descubrió la fe cristiana y se convirtió al catolicismo, lo cual le ocasionó el rechazo de su madre. Al conocer más de cerca el pensamiento de Santo Tomás de Aquino, su orientación

filosófica se fue decantando hacia éste y, de hecho, está considerada como una de las grandes metafísicas realistas de la época contemporánea. Espiritualmente también entró en relación con la abadía benedictina de Beuron y con las obras de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, lo cual hizo que se encaminara finalmente a abrazar la vocación carmelitana. Ingresó, en efecto, en el Carmelo de Colonia en 1933, pero en 1938 pasó al de Echt (Holanda) ante el incremento de la persecución nacionalsocialista a los judíos. Tras la ocupación de los Países Bajos por las tropas del III Reich, fue apresada por la Gestapo junto con su hermana, también conversa al catolicismo y que trabajaba en la portería del convento, y fueron deportadas al campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, en la Polonia igualmente invadida por los nazis. Allí fueron asesinadas el 9 de agosto de 1942. Fue beatificada y canonizada por San Juan Pablo II, que la declaró Copatrona de Europa con Santa Catalina de Siena y Santa Brígida de Suecia.

Edith Stein, Santa Teresa Benedicta de la Cruz (nombre de carmelita), elaboró un último testamento como religiosa el 9 de junio de 1939, del que nos parece interesante destacar sobre todo la última parte, en la que se ve, entre otros aspectos, su amor a Alemania, que es su Patria, y al pueblo judío, para el que desea la conversión a Cristo, y también su ofrecimiento por la paz de un mundo que camina hacia la guerra total²⁸:

«Agradezco de todo corazón a mis queridas superiores y a todas las queridas hermanas [del Carmelo de Echt] el amor con que me han acogido y todo lo bueno que se me dio en esta casa.

Desde ahora acepto con alegría y con absoluta sumisión a su santa voluntad la muerte que Dios ha preparado para mí. Pido al Señor que acepte mi vida y también mi muerte en honor y gloria tuyas; por todas las intenciones del Sagrado Corazón de Jesús y de María; por la Santa Iglesia y, especialmente, por el mantenimiento, santificación y perfección de nuestra Santa Orden, en particular los conventos carmelitas de Colonia y Echt; en expiación por la falta de fe del pueblo judío y para que el Señor sea acogido por los suyos; para que venga a nosotros su Reino de Gloria, por la salvación de Alemania y la paz en el mundo. Finalmente, por todos mis seres queridos, vivos y muertos, y todos aquellos que Dios me dio. Que ninguno de ellos tome el camino de la perdición».

MÁRTIRES CRISTEROS DE MÉXICO

En los años 20 y 30 del siglo XX se produjeron en México las llamadas «Guerras Cristeras», verdadera reacción popular contra las leyes antirreligiosas del gobierno de dominio masónico de Plutarco Elías Calles. Tales medidas supusieron una auténtica opresión sobre la Iglesia Católica y sobre el pueblo de México, que no tuvo más remedio que alzarse finalmente en armas ante hechos como la supresión del culto. Esto dio lugar a un incremento de la represión por parte de las fuerzas gubernamentales, con el asesinato de sacerdotes y de numerosos fieles laicos, entre ellos algunos tan destacados como el político Beato Anacleto González Flores. Como en otros casos de mártires de la época contemporánea, San Juan Pablo II promovió de nuevo el desarrollo de sus causas de beatificación y canonización.

²⁸ EDITH STEIN (TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ), *Los caminos del silencio interior*, ed. de A. Bejas y S. Spitzlei, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1988, pp. 187-189; la parte destacada, en p. 189.



San José María Robles

Entre los mártires cristeros, vamos a recoger algunas cartas de dos de ellos que realmente merecen ser traídas aquí para ver su testamento espiritual y la forma en que afrontaban la muerte llenos de fe, de esperanza y de caridad. El primero de ellos es un sacerdote, San José María Robles (1888-1927), promotor de la «Esclavitud del Corazón de Jesús en María» y fundador en 1918 del instituto llamado «Víctimas del Corazón Eucarístico de Jesús», pues fue un gran devoto del Sagrado Corazón. También organizó la catequesis que denominó «Cruzada Eucarística» entre los niños, ya que tenía especial predilección por ellos y los atraía con el encanto de sus virtudes. Era un hombre de un carácter franco, alegre, bromista, afable y bondadoso. En su testamento de 12 de enero de 1927 podemos leer²⁹:

«Mi vida por parte de Dios fue singular misericordia, predilección; así como de mi parte sólo fue ingratitud. Pero cantaré, cantaré Dios mío, eternamente tus misericordias. Entre tanto, recibe mis lágrimas de inmenso dolor y mis ansias de satisfacerte, no negándote, mi Dios, nada; mi muerte, como te plazca, la acepto y te corresponde.

Para nadie guardo ni una chispita de mala voluntad; nada tengo que perdonar; pero sí mucho de qué pedir perdón. Y humildemente lo pido así a mi familia, como a mis Hijas Víctimas, a las pequeñas Víctimas de Jesús, a mis superiores, a mis amigos y enemigos; a todos a quienes de cualquier manera hubiese ofendido [...].

En tus manos, Jesús mío, encomiendo mi alma. En tus manos, Virgen y Madre María, encomiendo mi alma. Vuele mi alma, desprendida ya de toda criatura, al Cielo, y mi cuerpo espere la resurrección de la carne.

12 de enero de 1927.

Pbro. José María Robles, esclavito de María [firma escrita con su sangre]».

²⁹ HAVERS, Guillermo María, *Testigos de Cristo en México*, Bogotá, CELAM, 1989, pp. 232-233. Su semblanza y otros textos de sus momentos finales, pp. 228-237.



Beato José Sánchez del Río

Otra figura muy emblemática del movimiento cristero es el niño, ya entrando en la adolescencia, Beato José Sánchez del Río (1913-1928), cuya figura e historia aparece con algunos retoques en la película *Cristiada*. Deseando incorporarse con sólo 14 años al ejército cristero, fue capturado por los soldados federales, que lo llevaron ante el General Guerrero, quien le reconoció su valentía y le ofreció unirse a ellos, a lo cual el muchacho respondió:

–«¡Jamás, jamás! ¡Primero muerto! ¡Yo no quiero unirme con los enemigos de Cristo Rey!»

El General ordenó entonces encerrarlo hasta que fuera fusilado; lo retuvieron en una capilla llamada «La Noria» en Sahuayo, donde sufrió mucho al ver que había sido convertida en una caballeriza. Recogemos aquí el texto de sus últimas cartas, realmente estremecedoras³⁰:

«Cotija (Michoacán), febrero lunes 6 de 1928.

Mi querida Mamá:

Fui hecho prisionero en combate por este día. Creo que en los momentos actuales voy a morir, pero nada importa, Mamá. Resígnate a la voluntad de Dios: yo muero contento, porque muero en la raya al lado de nuestro Dios. No te apures por mi muerte, que es lo que me mortifica: antes diles a mis otros dos hermanos que sigan el ejemplo que su hermano el más chico les dejó, y tú haz la voluntad de Dios; ten valor y mándame la bendición juntamente con la de mi padre. Salúdame a todos por última vez y tú recibe por último el corazón de tu hijo que tanto te quiere y verte antes de morir deseaba.

José Sánchez del Río».

«Sahuayo, 10 de febrero de 1928.

Querida tía:

Estoy sentenciado a muerte. A las ocho y media se llegará el momento que tanto he deseado. Te doy las gracias por todos los favores que me hiciste tú y Magdalena. No me encuentro capaz de escribirle a María. Dile a Magdalena que conseguí que me permitieran verla por última vez, y creo que no se negará venir. Salúdame a todos: y tú recibe como siempre y por último el corazón de tu

³⁰ HAVERS, G. M., *Testigos de Cristo en México*, pp. 288-289. Su semblanza y otros textos de sus momentos finales, pp. 286-291.

*sobrino que mucho te quiere y verte desea. ¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera y Santa María de Guadalupe!
 José Sánchez del Río, que murió en defensa de su fe.
 No dejes de venir. Adiós».*

Al ser fusilado, cayó acribillado por las balas. Justo antes, uno de los soldados federales le había preguntado:

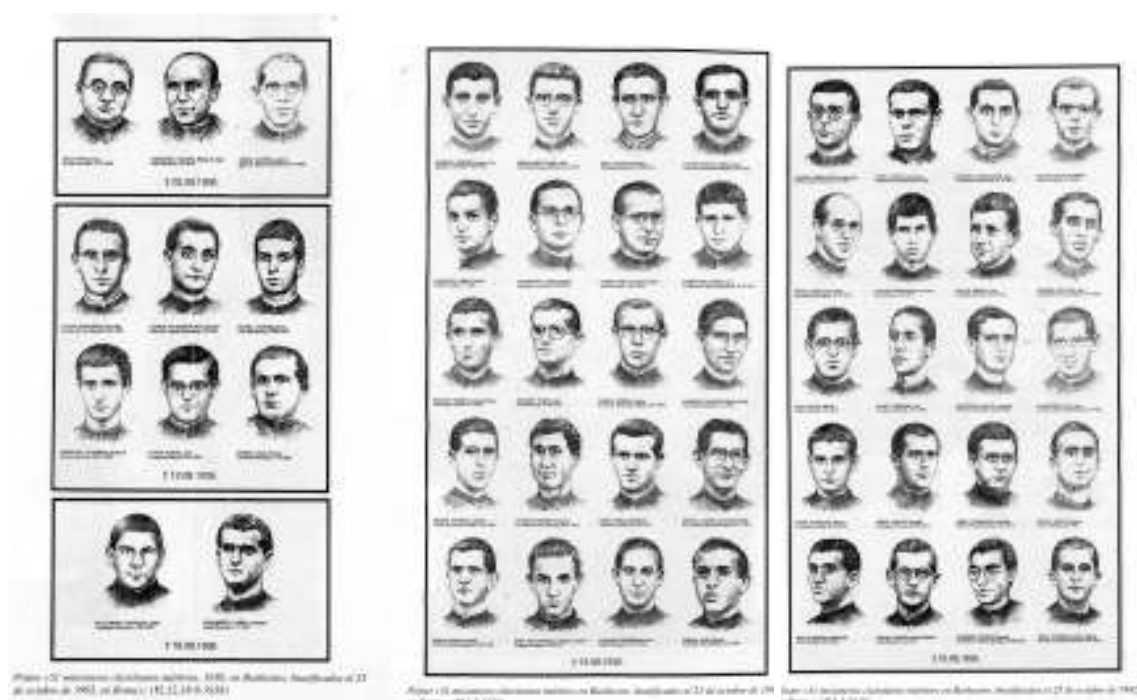
–«¿Qué le decimos a tu mamá?»

A lo que él respondió:

–«Que nos veremos en el Cielo ¡Viva Cristo Rey!»

MÁRTIRES DE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA DE LA II REPÚBLICA EN ESPAÑA (1936-1939)

Finalmente, vamos a traer el recuerdo de algunos de los muchos mártires que ha dado España en los años de la gran persecución religiosa desencadenada bajo la II República (1931-1939), principalmente en la Revolución de Asturias de 1934 y en los años de la Guerra de 1936-1939. Hemos recogido los textos de muchos de ellos, con edades de 40 años para abajo, en una obrita titulada *Así iban a la muerte*, junto con los de otras personas que afrontaron el trance final o la posibilidad de asumirlo con una entereza cristiana ejemplar, aunque no fueran asesinados por la fe en primer lugar. Ahora nos vamos a ceñir sólo a ciertos casos que queremos destacar.



Beatos mártires claretianos de Barbastro

En primer lugar, parece obligado traer a colación los estudiantes y sacerdotes claretianos de Barbastro (Huesca), tema central de la película *Un Dios prohibido*³¹. En

³¹ CANTERA MONTENEGRO, Santiago, O.S.B., *Así iban a la muerte. Testimonios jóvenes de la guerra de España (1936-1939)*, Madrid, Voz de papel, 2011, pp. 37-48. Los textos los tomamos del libro de CODINACHS I VERDAGUER, Pere, C.M.F., *El holocausto claretiano de Barbastro (1930-1936). Los hechos y sus causas*, Barcelona, 1997.

total fueron martirizados 51 claretianos, casi todos jóvenes, entre los días 2 y 15 de agosto de 1936, y supone una de las páginas más impresionantes del Martirologio español en toda la Historia. Su testimonio de amor a Cristo y a España, de decisión absoluta, de alegría al encarar la muerte, de conciencia de que marchaban a la gloria eterna, de perdón sincero y profundo a sus verdugos, es realmente estremecedor, como lo son algunos textos que ellos mismos dejaron. Barbastro fue la diócesis española proporcionalmente más castigada en la persecución de los años de la guerra (88% del clero diocesano asesinado, además de los religiosos).

De uno de estos mártires claretianos, el Beato Luis Masferrer Vila (1912-1936), hay una carta escrita ya en junio de 1931 donde se observa la amenaza de ser disueltas las congregaciones y comunidades religiosas y de que sus miembros fueran obligados a adoptar la vida seglar, y también su disponibilidad al martirio, que le llegaría el 15 de agosto de 1936. Entonces, junto con otros claretianos, ante la oferta hecha de elegir:

–«¿A dónde queréis ir: al frente a luchar contra el fascismo, o a ser fusilados?»

Respondieron con claridad:

–«Preferimos morir por Dios y por España».

Y casi a continuación añadieron:

–«Os perdonamos con toda nuestra alma. Cuando estemos en el cielo, pediremos por vosotros».

Fueron a la muerte cantando, rezando y dando vivas a Cristo Rey, al Corazón de María, a la Asunción y al Papa. Leamos ahora un extracto de la carta mencionada de 1931:

«¿Qué será de nosotros? La Santísima Virgen nos protegerá como hijos suyos que somos y no permitirá que seamos vencidos en la pelea. Nos podrán dispersar, nos podrán hacer volver al siglo [la vida seglar], nos podrán maltratar y perseguir, para quitarnos el santo temor de Dios, salvaguarda de nuestras almas, y el amor a nuestra Madre que es la que guarda en nuestro corazón el temor de Dios; pero su fin no lo conseguirán; nos podrán matar, fusilar, descuartizar si quieren, pero su innoble fin no lo han de alcanzar.

Nuestra muerte será el noble trofeo de nuestra victoria, y nuestra sangre ardorosa vertida a nuestro lado, pregona a todos los vientos la derrota completa de nuestros enemigos.

Yo, por mi parte, he determinado y prometido llevar siempre y en cualquier parte sobre mi pecho la consagración de mí mismo a mi dulce Madre, firmada con mi sangre, y no permitiré que nadie me la quite».

Los mártires claretianos de Barbastro, a falta de papel, escribieron por lo general sus últimos textos en sus breviarios y devocionarios, en hojas de libreta, en envoltorios de chocolate, en los tabloncillos de un escenario donde estaban presos, en las escaleras y hasta en las paredes. Del joven cordimariano catalán José Brengaret Pujol (1913-1936) nos ha quedado lo siguiente, redactado posiblemente la víspera de su asesinato:

«J.H.S. ¡Viva Cristo Rey! Si Dios quiere mi vida, gustoso se la doy. Por la Congregación y por España. Muero tranquilo, después de haber recibido todos los Santos Sacramentos. Muero inocente; no pertenezco a ningún partido político; lo tenemos prohibido por nuestras Constituciones; acatamos todo poder legítimamente constituido. Pido perdón a todos, delante de Dios y de mi conciencia, de todos los agravios y ofensas. Perdono a todos mis enemigos. Me despido de mi padre y de mis hermanos. Si Dios es servido de llevarme al cielo, allí encontraré a mi madre. José Brengaret, C.M.F.»

También es precioso el testimonio del Beato Salvador Pigem Serra (1912-1936), del cual se encontró el siguiente texto en el bolsillo de su sotana:

«Nos matan por odio a la Religión. Domine, dimitte illis! [Señor, perdónales]. En casa no hicimos ninguna resistencia. La conducta en la cárcel, irreprochable. ¡Viva el Corazón Inmaculado de María! Nos fusilan únicamente por ser Religiosos. No ploreu per mi. Sóc màrtir de Jesucrist [No lloreis por mí. Soy màrtir de Jesucristo]. Salvador Pigem, C.M.F.»

Y en un papelito pegado al extremo del calendario dejó también unas palabras en catalán para su madre, que traducimos aquí:

«Mamá, no llores, Jesús me pide la sangre; por su amor la derramaré: seré màrtir, voy al cielo. Allà os espero. Salvador. 12-VIII-1936».

Asimismo podemos destacar al Beato José Figueró Beltrán (1911-1936), quien escribió una carta serena a su casa, en la que exponía la situación de terror y de persecución religiosa que se vivía en Barbastro y con qué entereza cristiana afrontaba su próximo martirio:

«J.M.J. Barbastro, 13-VIII-1936.

Mis queridísimos padres y hermanos:

Desde la prisión, donde me hallo desde el día 20 de julio, con otros 49 compañeros, les dirijo las presentes líneas que serán las últimas de mi vida. Pronto voy a ser màrtir de Jesucristo. No lloren mi muerte, pues morir por Jesucristo es vivir eternamente.

Mi vida la ofrezco, como es natural, por Vds. y por toda la familia, a fin de que llegue el día venturoso en que podamos vernos todos reunidos en el Cielo. También la ofrezco por la salvación de mi patria la desventurada España y por la salvación de las almas de todo el mundo. En el Cielo espero encontrar a Alfonso y en el Cielo rogaré por ustedes, para que se salven. Qué felicidad la nuestra, mis queridos padres, si después de un número más o menos largo de años nos encontramos juntos en el Cielo. Yo, en unos instantes, ruego al Señor les dé a Vds. fortaleza para sobrellevar tan rudo golpe.

Aquí han fusilado al Obispo, a todo el Cabildo Catedralicio, a muchos sacerdotes de la ciudad y de los pueblos circunvecinos, y a muchos paisanos. Al escribir estas líneas, 13 de agosto, han sucumbido ya unos 30 compañeros nuestros y mañana, día de mi cumpleaños, espero ir derecho al Cielo.

Adiós, mis queridos padres, amados hermanos y recordadísima familia. Adiós, hasta el Cielo. Allí rogaré por Vds.

Nunca como ahora les ama su hijo que muere sereno y tranquilo porque muere por Jesucristo.

José, C.M.F.»

Un ejemplo más del sentido de inmolación de su vida y del perdón sincero hacia los verdugos son las breves notas que se conservan del Beato Eduardo Ripio Diego (1912-1936), valenciano:

«¡Viva Cristo Rey! ¡Viva el Corazón de María! ¡Viva la Iglesia Católica! ¡Señor! Perdono de todo mi corazón a todos mis enemigos y os pido que mi sangre, que sólo por vuestro amor he derramado, lave tantos pecados como se han cometido en esta Barbastro màrtir. Eduardo Ripoll, C.M.F.»

Y del catalán Beato Ramón Illa Salvía (1914-1936) nos ha quedado una carta martirial a su familia:

«Queridísima madre, carísima abuela, recordados hermanos, P. Faustino, Jovita, Pablo y Rosa (y demás) tíos y tías en el Señor:

Con la más grande alegría del alma escribo a ustedes, pues el Señor sabe que no miento: no me cansaría y (lo digo ante el cielo y la tierra) les comunico con unas líneas que escribo que el Señor se digna poner en mis manos la palma del martirio; y en ellas envío un ruego por todo testamento; que al recibir estas líneas canten al Señor por el don tan grande y señalado como el Martirio que el Señor se digna concederme.

Llevamos en la cárcel desde el día 20 de julio. Estamos toda la comunidad: 60 individuos justos; hace ocho días fusilaron ya al Rvdo. P. Superior y a otros Padres. Felices ellos y los que les seguiremos; yo no cambiaría la cárcel por el don de hacer milagros, ni el martirio por el apostolado, que era la ilusión de mi vida.

Voy a ser fusilado por ser religioso y miembro del clero, o sea, por seguir las doctrinas de la Iglesia Católica Romana. Gracias sean dadas al Padre por Nuestro Señor Jesucristo, Hijo suyo, que con el mismo Padre y Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos, Amén.

Ramón Illa, Misionero del Corazón de María, Clérigo lector. Barbastro, 10-VIII-1936».

El Beato Luis Escalé Binefa (1912-1936), también catalán, escribió para sus padres en un pañuelo:

«Lérida. Sr. D. José A. Escalé. Por Mollerusa. Fondarella.

Después de 22 días les dirijo estas líneas como recuerdo y como despedida. Las ejecuciones han comenzado ya. Esperamos que de un momento a otro nos llegará también. Cuando os notifiquen mi muerte, estad tranquilos porque tenéis un hijo mártir. Hasta el cielo. Adiós. Su hijo intercederá por todos. Luis Escalé, C.M.F.»

En fin, a falta de otro papel, 40 religiosos claretianos escribieron el 12 de agosto de 1936 una hermosa carta colectiva de despedida, expresando su perdón a los verdugos, su amor a los obreros, a la Iglesia, a la Congregación de los Hijos del Corazón de María (claretianos) y a sus familias, y firmada por cada uno de ellos con emocionantes ¡vivas!:

«Agosto, 12 de 1936. En Barbastro.

Seis de nuestros compañeros ya son mártires; pronto esperamos serlo nosotros también; pero antes queremos hacer constar que morimos perdonando a los que nos quitan la vida y ofreciéndola por la ordenación cristiana del mundo obrero, por el reinado definitivo de la Iglesia católica, por nuestra querida Congregación y por nuestras queridas familias. ¡La ofrenda última a la Congregación, de sus hijos mártires!

¡Viva Cristo Rey!

¡Viva la Congregación mártir!

Faustino Pérez, C.M.F.

¡Viva España católica!

José M^a Ormo, C.M.F.

*¡Viva el reinado social de
Jesucristo obrero!*

*¡Viva la Pilarica,
Patrona de mi tierra!*

T. Capdevila Miró, C.M.F.

*¡Viva el Corazón de María!
Rafael Briega, C.M.F.*

*¡Viva el Corazón de María!
Juan Codinachs, C.M.F.*

*¡Viva el Beato P. Claret!
Alfonso Sorribes, C.M.F.*

*¡Vivan los mártires!
Luis Escalé, C.M.F.*

*¡Viva el obrerismo católico!
José M. Ros, C.M.F.*

*¡Viva la religión católica!
Manuel Martínez, C.M.F.*

*¡Viva Jesucristo Rey!
Manuel Torras, C.M.F.*

*¡Viva Cristo Rey!
Eusebio Codina, C.M.F.*

*Perdono a mis enemigos
José Figuro, C.M.F.*

*Domine, dimitte illis [Señor, perdónales]
Agustín Viela, C.M.F.*

*¡Vivan Cristo Rey y el Corazón de María!
Eduardo Ripio, C.M.F.*

*¡Viva Barbastro católico!
Manuel Buil, C.M.F.*

*Ofrezco mi sangre por la salvación
de las almas.
Javier Luis Bandrés, C.M.F.*

J. Sánchez Munárriz, C.M.F.

*¡Viva Jesucristo Redentor!
¡Viva el Corazón de María
José Brengaret Pujol, C.M.F.*

*Por Dios, luchar hasta morir.
Miguel Massip, C.M.F.*

*Gracias y gloria a Dios
por todas las cosas
Ramón Illa, C.M.F.*

*Mi sangre, Jesús mío,
por Dios y por las almas.
Antolín M^a Calvo, C.M.F.*

*¡Viva el Ido. [Inmaculado] Corazón de
María!
Esteban Casadevall, C.M.F.*

*¡Viva el Corazón de Jesús!
José M^a Amorós, C.M.F.*

*¡Viva Cataluña católica!
Fco. M^a Roura, C.M.F.*

*¡Viva el Ido. Corazón de María!
Hilario M^a Llorente, C.M.F.*

*¡Viva el Ido. Corazón de María!
Sebastián Riera, C.M.F.*

*Offero libenter Deum sanguinem
innocentem pro Ecclesia et Congregatione
[Ofrezco libremente a Dios mi sangre por
la Iglesia y la Congregación]
Johannes Echarri, C.M.F.*

*¡Quiero pasar mi cielo haciendo bien a los
obreros!
R. Novich Rubionet, C.M.F.*

*¡Viva Dios! Nunca pensé ser digno de
gracia tan singular.
Francisco Castán, C.M.F.*

*¡Vivan los Sagrados Corazones de Jesús y
de María!
Pedro García Bernal, C.M.F.*

¡Viva el P. Claret, Apóstol y obrero!
Luis Lladó, C.M.F.

Venga a nos el tu reino.
T. Ruiz de Larrinaga, C.M.F.

¡Vivan los sagrados corazones de Jesús y de María!
Juan Baixeras, C.M.F.

¡Señor, hágase en todo tu divina voluntad!
Antonio M^a Dalmau, C.M.F.

¡¡Muero por la Congregación y por las almas!!
José M^a Blasco, C.M.F.

¡Vivan los sagrados corazones de Jesús y de María!
José M^a Badía, C.M.F.

¿Y qué ideal? Por ti, mi Reina, la sangre dar.

Salvador Pigem, C.M.F.
¡Viva la Congregación!
Alfonso Miquel, C.M.F.

¡Viva el C. de María, mi madre, y Cristo Rey, mi redentor!
Luis Masferrer, C.M.F.

¡Viva el Papa y la Acción Católica!
Secundino M^a Ortega, C.M.F.

¡Viva la Congregación santa, perseguida y Mártir! Vive inmortal, Congregación querida, y mientras tengas en las cárceles hijos como los que tienes en Barbastro, no dudes que tus destinos son eternos. ¡Quisiera haber luchado entre tus filas! ¡Bendito sea Dios!
Faustino Pérez, C.M.F.»



Beato Aurelio Boix Cosials, O.S.B.

Preciosas son igualmente las cartas que un joven monje benedictino del monasterio de Nuestra Señora de El Pueyo de Barbastro, con sólo 21 años, escribió en aquel mismo ambiente los días previos a su muerte, y sobre todo la dirigida a sus padres y a su hermano: el Beato Aurelio Boix Cosials (1914-1936). Igual que sus compañeros, perdonó a los verdugos y marchó hacia la muerte con el grito de «¡Viva Cristo Rey!» en los labios. Fue beatificado junto con los otros mártires benedictinos de El Pueyo y los de Montserrat en octubre de 2013 en Tarragona. El texto de la carta que queremos recoger aquí es el siguiente³²:

³² CANTERA, S., O.S.B., *Así iban a la muerte*, pp. 48-55. Los textos los habíamos tomado de PÉREZ ALONSO, Alejandro, *Informe sobre los mártires benedictinos del Pueyo, en Barbastro, sacrificados en 1936*, Oviedo, 1986, pp. 180-189; BENABARRE VIGO, José Pascual, *Murieron cual vivieron. Apuntes biográficos de los 18 monjes benedictinos del Pueyo de Barbastro, sacrificados en 1936*, Aler (Huesca),

«A mis queridos padres y hermano desde el convento de Padres Escolapios de Barbastro, a 9 de agosto de 1936.

Padre, madre y hermano de mi corazón: si esta carta llega a sus manos, el portador de la misma les enterará de todo el proceso; yo me limito a unas líneas. Hace 18 días que estamos casi todos los del Pueyo detenidos en esta prisión. A pesar de las garantías que se nos dan, como medida de prevención, quiero dedicar unas palabras a los seres que me son más caros.

En noches anteriores se han fusilado unas 60 personas; entre ellas, muchos curas, algunos religiosos, tres canónigos y esta noche pasada al Sr. Obispo.

Conservo hasta el presente toda la serenidad de mi carácter, más aún, miro con simpatía el trance que se me acerca: considero una gracia especialísima dar mi vida en holocausto por una causa tan sagrada, por el único delito de ser religioso. Si Dios tiene a bien considerarme digno de tan gran merced, alégrense también ustedes, mis amadísimos padres y hermano, que a Vds. les cabe la gloria de tener un hijo y hermano mártir de su fe.

La única pena que tengo, humanamente hablando, es de no poder darles mi último beso. No les olvido y me atormenta el pensar las inquietudes que Vds. sufren por mí.

Ánimo, mis amadísimos padres y hermano, al lado de su aflicción surgirá siempre la gloria de las causas que motivaron mi muerte. Rueguen por mí, voy a mejor vida.

Padre mío amado: la entereza de su carácter me da la completa seguridad que su espíritu de fe le hará comprender la gracia que el Señor le otorga. Esto me anima muchísimo: le doy el beso más fuerte que le he dado en mi vida. Adiós, padre, hasta el cielo. Amén.

Madre idolatrada: yo me alegro sólo al pensar la dignidad a que Dios quiere elevarla, haciéndola madre de un mártir. Ésta es la mejor garantía de que los dos hemos de ser eternamente felices. Al recuerdo de mi muerte acompañará siempre esta gran idea: “Un hijo muerto, pero mártir de la religión”. Que Dios no pueda imputarme más crimen que el que los hombres me imputan: ser discípulo de Cristo. Madre mía muy querida, adiós, adiós... hasta la eternidad. ¡Qué feliz soy!

Hermano mío muy caro: En poco tiempo, ¡qué dos gracias tan señaladas me concede mi buen Dios! ¡La profesión, holocausto absoluto...; el martirio, unión decisiva a mi Amor! ¿No soy un ser privilegiado? Esto es lo más íntimo que tengo que comunicarte. Las cartas adjuntas, al extranjero, envíalas con una relación extensa de mi prisión, etc., ya te pongo bien clara la dirección; certificalas. El último beso, mi hermano, el más efusivo.

Mi despedida postrera a la familia son unas palabras de felicitación, tanto para mí como para Vds. Que Dios proteja siempre la familia que ahora agracia con un favor tan señalado.

Su hijo que les ama con un amor eterno.

Aurelio Ángel».



Beato Bartolomé Blanco

Vamos a recoger también dos cartas magníficas del Beato Bartolomé Blanco (1914-1936), joven andaluz, obrero y sindicalista de Acción Católica, martirizado en Jaén y beatificado en 2007. Dada su condición de huérfano, envió una carta a sus tíos y primos, que decía así³³:

«Queridos tíos y primos:

Noticias os llegarán de que me llevan a Jaén. Aunque no conozco a fondo los propósitos que tengan, los considero pésimos.

Mi última voluntad es que nunca guardéis rencor a quienes creáis culpables de lo que os parece mi mal. Y digo así, porque el verdadero culpable soy yo, con mis pecados, que me hacen reo de estos sacrificios. Bendecid a Dios, que me proporciona estas ocasiones formidables de purificar el alma. Os encomiendo que venguéis mi muerte con la venganza más cristiana, haciendo todo el bien que podáis por quienes creáis causa de proporcionarme una vida mejor. Yo los perdono de todo corazón y pido a Dios que lo perdone y los salve.

Hasta la eternidad. Allí nos veremos, gracias a la misericordia divina. Vuestro, Bartolomé.»

Y a su novia le dirigió esta carta:

«Maruja del alma:

Tu recuerdo me acompañará a la tumba; mientras haya un latido en mi corazón, éste palpitará de cariño para ti.

Dios ha querido sublimar estos afectos terrenales, ennobleciéndolos cuando nos amamos en Él. Por eso, aunque en mis últimos días (Dios es mi lumbrera y mi anhelo), no impide para que el recuerdo de la persona que más quiero me acompañe hasta la hora de la muerte.

Al condenarme por defender siempre los altos ideales de la religión, patria y familia, me abren de par en par las puertas de los cielos.

Cuando me quedan pocas horas para el definitivo reposo, sólo quiero pedirte una cosa: que en recuerdo del amor que nos tuvimos, y que en este momento se acrecienta, atiendas como objetivo principal a la salvación de tu alma, porque

³³ CANTERA, S., O.S.B., *Así iban a la muerte*, pp. 76-79; CASTRO ALBARRÁN, A. de, *Este es el cortejo... Héroes y mártires de la Cruzada Española*, Salamanca, 1938, pp. 162-163. LUGO, Fray Antonio de, O.S.H., *El precio de una victoria*, Madrid, 1979, pp. 75-76; NIETO CUMPLIDO, Manuel – SÁNCHEZ GARCÍA, Luis Enrique, *La persecución religiosa en Córdoba, 1931-1939*, Córdoba, 1998, pp. 987-988.

*de esa manera conseguiremos reunirnos en el Cielo por toda la eternidad, donde nadie nos separará.
¡Hasta entonces, pues, Maruja de mi alma!»*



Beato Francisco Castelló Aleu

En fin, queremos culminar esta presentación con las cartas de un joven químico de 22 años, el Beato Francisco Castelló Aleu (1914-1936), alicantino martirizado en Lérida, que hicieron llorar al Papa Pío XI cuando las leyó, según pudo observar el Cardenal Secretario de Estado Eugenio Pacelli, futuro Pío XII. Licenciado en Ciencias Químicas por la Universidad de Oviedo, socio de las Congregaciones Marianas de su ciudad de adopción, Lérida, y miembro de la «Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña», se encontraba ya trabajando en la empresa «Abonos Químicos Cros, S. A.» y con deseos de casarse con su novia Mariona cuando, no mucho después de comenzar el Servicio Militar, se produjo el Alzamiento Nacional y fue detenido y condenado a muerte por el poder frentepopulista, acusado de «fascista» (falsamente, pues no tenía afiliación política alguna) y definitivamente por su fe católica. Murió perdonando a sus verdugos. Fue beatificado por San Juan Pablo II y nos ha dejado unos testimonios preciosos de desprendimiento y de ansias de eternidad en unas pocas cartas escritas en catalán después de su condena a muerte y poco antes de su asesinato por fusilamiento³⁴. De ellas, sin duda es la carta a su novia la más impactante y estremecedora.

Ofrecemos en primer lugar la carta escrita a sus hermanas y a su tía:

«A mis hermanas Teresa y María Castelló Aleu y a mi tía.

Estimadas:

Acaban de leerme la pena de muerte y jamás he estado tan tranquilo como ahora. Estoy seguro de que esta noche estaré con mis padres en el cielo; allí os esperaré a vosotras.

La Providencia divina ha querido escogermé a mí como víctima de los errores y pecados cometidos por nosotros. Voy con gusto y tranquilidad a la muerte. Nunca como ahora tendré tantas probabilidades de salvación.

Se ha terminado mi misión en esta vida. Ofrezco a Dios los sufrimientos de esta hora.

³⁴ CANTERA, S., O.S.B., *Así iban a la muerte*, pp. 71-76; PERAIRE FERRER, Jacinto, *Cantando hacia la muerte. Heroico testimonio martirial del joven Francisco Castelló Aleu*, Madrid, 2001, pp. 162-167.

No quiero en modo alguno que llores por mí: es lo único que os pido. Estoy muy contento, muy contento. Os dejo con pena a vosotras, a quienes tanto he amado, pero ofrezco a Dios este afecto y todos los lazos que me retendrían en este mundo.

Teresina: sé valiente. No llores por mí. Soy yo quien ha tenido una inmensa suerte, que no sé como agradecer a Dios. He cantado el “Amunt, que ès sols camí d’un dia” [«¡Vamos, que es camino de solo un día!»], del himno de los que practican Ejercicios Espirituales], con toda propiedad. Perdóname las penas y los sufrimientos que te he causado involuntariamente. Yo siempre te he querido mucho. No quiero que llores por mí, ¿oyes?

María: Pobre hermanita mía. También tú serás valiente, y no te abrumará este golpe de la vida. Si Dios te da hijos, les darás un beso de mi parte, de parte de su tío, que los amará desde el cielo. A mi cuñado un fuerte abrazo. Espero de él que será vuestra ayuda en este mundo y sabrá sustituirme.

Tía: en este momento siento un profundo agradecimiento por cuanto Ud. ha hecho por nosotros. Nos encontraremos en el cielo dentro de unos años. Sepa usted gastarlos con toda clase de generosidad. Desde el cielo rogaré por Ud., éste que le quiere tanto.

Saludos a Bastida, a la señora Francisqueta, a los Didos, a Pedro, a Puig, a López, a los amados compañeros de la Federación, que no quiero nombrar. A todos los amigos les diréis que muero contento y me acordaré de ellos en la otra vida.

A los Foles, a los tíos de Vallmoll, a los del Jardín, a Carlos, a los de Alicante, a los de Pravia, a los de Sarriá, a todos mi afecto.

Francisco».

No recogemos aquí la carta escrita a un amigo jesuita, el P. Galán, que también tiene interés, pero sí terminaremos con la dirigida a su novia:

«Querida Mariona:

Nuestras vidas se unieron y Dios ha querido separarlas. A Él le ofrezco, con toda la intensidad posible, el amor que te profeso, mi amor intenso, puro y sincero.

Siento tu desgracia, no la mía. Siéntete orgullosa: dos hermanos y tu prometido. ¡Pobre Mariona!

Me está sucediendo algo extraño, no puedo sentir pena alguna por mi suerte. Una alegría interna, intensa, fuerte, me invade por completo. Querría hacerte una carta triste de despedida, pero no puedo. Estoy todo envuelto de ideas alegres como un presentimiento de Gloria.

Querría hablarte de lo mucho que te habría querido, de las ternuras que tenía reservadas para ti, de lo felices que habríamos sido. Pero para mí todo es secundario. Voy a dar un gran paso.

Una cosa quiero decirte: si puedes cástate. Desde el cielo yo bendeciré tu unión y tus hijos. No quiero que llores, no quiero. Siéntete orgullosa de mí. Te quiero.

No tengo tiempo para nada más.

Francisco».

Ante la grandeza de estas almas, sobra hacer conclusiones. Cada uno las habrá podido ir haciendo durante la lectura de los textos.